

MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA  
*Fundadora de La Obra de la Iglesia*

Separata del libro:

**“LA IGLESIA Y SU MISTERIO”**

NOTA.- Podría existir algún salto en la numeración por la eliminación de páginas en blanco en esta edición electrónica.

Con licencia del arzobispado de Madrid

© 1991 EDITORIAL ECO DE LA IGLESIA, S.L.

I.S.B.N.: 84-86724-01-5

Depósito Legal: M. 38.253-1991

LA OBRA DE LA IGLESIA

MADRID – 28006

ROMA – 00149

C/. Velázquez, 88

Via Vigna due Torri, 90

Tel. 91. 435 41 45

Tel. 06.551 46 44

E-mail: [informa@laobradelaiglesia.org](mailto:informa@laobradelaiglesia.org)

## **GOCÉMONOS EN QUE DIOS SEA LO QUE ES**

La Eternidad es el acto de amor puro, vivido por Dios en la intercomunicación eterna de las tres divinas Personas.

Dios tiene su gozo infinito en la posesión perfecta de serse Él en sí lo que se es en un acto dichosísimo y trinitario. Si para ser feliz necesitara algo fuera de sí, o pudiera gozarse esencialmente en alguna cosa que no fuera Él siéndose de por sí, no sería la Infinita Perfección.

La Eternidad tiene el centro de su gozo y la plenitud de su bienaventuranza en que Dios sea lo que es y como lo es. Porque así como Dios, por perfección de su naturaleza, no puede esencialmente gozarse en ninguna cosa fuera de Él, así el alma, al encontrarse en la participación del mismo Infinito, queda adherida a Él en su modo de ver, en su modo de sentir, en su modo de gozar. Dios le da su Mirada para que le mire,

su Expresión para que le cante, y su Amor para que le ame.

Entonces, teniendo el hombre por participación lo que Dios tiene por naturaleza, se goza participativamente en lo que Dios se goza por su ser, y vive, en participación, lo que Dios vive por subsistencia eterna. Pues, al ser levantado a la gran categoría de entrar en la comunicación del Infinito y a tomar parte de su vida, el hombre queda sublimado tan por encima de sus apetencias, de sus deseos y de su amor, que pierde su modo propio de amar, de expresar y de gozar, pasando a vivir y a gozarse en lo que Dios se es y en lo que Dios se goza, siendo éste el gozo esencial de la criatura creada por el Infinito para poseerle.

Y como Dios esencialmente no puede gozarse más que en lo que Él es por la perfección infinita que encierra en sí, a pesar de tener capacidad infinita también de gozarse infinitamente, el hombre, puesto frente a Dios, al verle en su realeza infinita, al contemplarle rebosante de perfección y felicidad y al saberle, con la posesión de la misma sabiduría eterna y con el modo divino de saber lo que Dios en su modo personal se es, subyugado, robado, atraído irresistiblemente como por un imán, queda repletado y saturado en la embriagación infinita que la contemplación de la perfección eterna le proporciona.

Y ¡oh sorpresa!, llega a obrarse un gran milagro: la criatura, con su mente pequeñita y acostum-

brada a gozarse en las cosas creadas, ante la contemplación del Sumo Bien, en posesión de saturación total, queda, en el mismo instante en que entra en la Eternidad, convertida en un acto de amor puro que tiene la plenitud y la felicidad de su gozo en que Dios sea lo que es de por sí.

Esto es tan sublime y tan difícil de explicar a nuestra mente acostumbrada a vivir para sí, a gozarse sólo en lo que personalmente le proporciona alegría, que los que, ofuscados, no entienden la plenitud de perfección del Eterno Seyente, al comparar al Ser en su modo de actuar o de ser con nuestro ser, muchas veces, sin querer, lo profanan y lo blasfeman, considerando a Dios rastreramente.

¡Qué bueno es Dios, qué grande, qué dichoso y qué infinito! ¡Qué inmenso en su eterno poder, para sí y para mí...! Es tanto lo que se nos da, ¡tanto!, que se nos da en lo que es, en lo que tiene, en lo que vive. Y, al dársenos, por perfección de su serse, el hombre, en subyugación total y arrebatado por la Belleza Infinita, rompe en un gozo de participación eterna, sin quedarle capacidad para gozar o querer algo que no sea aquella Perfección que arrebatadoramente le subyuga y que delirantemente le enamora.

Dios es tan grande y tan infinito como bueno, como amor, como comunicación. Y mientras más grande le veamos, más grande será nuestro gozo, el gozo que nos proporcionará la contemplación de que Dios sea lo que es de por sí.

Un segundo gozo tendremos en la Eternidad, que será gozarnos en que Dios esté en nuestra alma poseído y poseyéndola.

Pero hasta ese mismo gozo tiene dos partes. La primera pertenece al gozo esencial, y consiste en gozarnos en que Dios esté siéndose lo que es en el alma, no porque esté en el alma, sino porque Él se lo sea poseyéndonos según su voluntad.

Y la segunda parte... ¿Es que hay segunda parte en el gozo de los bienaventurados? ¿Es que puede el hombre, contemplando a Dios, volverse para gozarse en algo propio? ¿Es que es tan pobre Dios que no puede llenarnos totalmente? ¡No! Es que es tan pequeñita nuestra mente, que si yo aquí en la tierra, al hablar de la posesión del Infinito, no pongo un gozo en el cual el hombre sea el primer actor, su pensamiento egoísta y acostumbrado a vivir para sí y de los sentidos corporales, entendiéndolo todo a lo humano, parece que se queda en el vacío; no comprendiendo con su mirada raquítica que haya algo más grande que él y que pueda gozarse con tal perfección en el gozo ajeno, que llegue a olvidarse totalmente de sí. Ni mucho menos puede vislumbrar que haya algo tan sublime que sea capaz de no dejarle capacidad para mirarse a sí mismo: no por pequeñez del hombre, sino por grandeza de Dios; no por pequeñez de la capacidad del ser creado para el Infinito, sino por la inmensidad trascendente del Eterno Ser.

Si mi eternidad en el cielo consistiera en el gozo que tendré y en el disfrute que yo experimentaré por yo ser o por yo tener, no podría pasar a ser Dios por participación, que tiene su razón en ser y gozarse en lo que Él es por perfección de su ser. La Eternidad es entrar en la vida infinita no para serla con Dios, que eso sólo le pertenece a Él, pero sí para poseerla en su compañía; y así lo que en Dios es ser o serse de por sí, en mí es poseerle, gozarle, saberle...

Dios es Mirada infinita, Contemplación eterna, en una fecundidad tan rica, tan plena, que rompe engendrando en un *reventón* de Sabiduría tan expresivo, que la Explicación infinita de esta eterna Sabiduría es persona. Y esta Persona, Palabra eterna, es tan infinita, es tanta Explicación, que es toda la infinita perfección en deletreo eterno. Y esta perfección de Sabiduría infinita rompiendo en Explicación, entre el Padre y el Hijo, es de una adhesión tan perfecta y de una intercomunicación tan infinita, que hace surgir, en gozo perfecto de sabiduría eterna, el amor infinito en Persona Amor, el Espíritu Santo.

Y Dios, que se es así y tiene su gozo en su modo de ser trinitario y personal, por la unidad de su ser, nos da todo cuanto es, no para que lo seamos, porque eso es lo que le hace a Dios serse lo que es y es intrínsecamente suyo, sino

para que lo poseamos y, haciéndonos una cosa con Él, le gocemos. Y entonces Dios nos da su Mirada para que con ella le miremos, para que con ella le entendamos, para que con ella poseamos su modo, su estilo, su interpretación, y su disfrute pase a ser nuestro disfrute, nuestro gozo, nuestra vida. Y nos da su Palabra para que con Él gocemos deleitando su infinita perfección; dándonos a su vez el mismo Espíritu Santo, y así le amemos como Él se ama.

Pero Dios es tan maravilloso, tan eterno, tan dichoso, tan bueno, tan donador, que, cuando se da, lo hace como es; y al que se da, lo hace como Él por participación. Y entonces el hombre, criatura a distancia infinita del Ser, es capaz, por un derramamiento del Amor Infinito, de olvidarse a sí totalmente y, pasando a ser Dios por participación, vivir y gozar de lo que Dios vive y goza.

Ahora veo que, cuando mi alma se siente llamada a gozarse en que Dios sea Dios, a disfrutar de su disfrute y a alegrarse en su gozo, la medida en que esto se obra en mí es la medida de mi participación y de mi posesión de Dios. Veo que el hombre, mientras más se acerca a Dios, y mientras Dios más lo atrae a sí y lo tiene en Él, más se capacita para llenar su fin, que es gozarse en lo que Dios se es.

Hoy mi alma quiere ser un himno de alabanza

a la gloria de Dios, por la atracción que en mí noto a gozarme siempre en que Él sea feliz, a buscar siempre y sólo el que Él esté contento, a procurar que todos cuantos me rodean sean descanso para Dios. Y esto quiero agradecerlo, no porque esté en mi alma, sino porque Dios tenga donde poner su descanso y manifestar su gloria en el destierro; porque haya seres creados que, aún bajo la luz de la fe, den a Dios el descanso de Él poderseles comunicar tan profundamente que sean capaces de gozarse, en la noche de la vida y tras velos, en que Él sea lo que es.

Cuando procuramos que los hombres se gocen en que Dios sea lo que es, estamos dándoles la máxima felicidad, haciéndoles llenar su fin, y estamos dándole a Dios la parte que le corresponde entre los hombres; estamos haciendo de la tierra el paraíso de Dios, y estamos haciendo al hombre bienaventurado en la tierra, incluso a través de los velos de la fe y en la noche de la incompreensión.

¡Dios es feliz...! Ése es mi gozo, ésta es mi bienaventuranza terrena, y éste es el plan de Dios cumplido en la tierra con relación al hombre.

¡Qué alegría que Dios sea feliz...! Cuando mi alma siente esto, mi destierro es mi bienaventuranza, aunque sea entre velos.

Gracias, Señor, porque este sentir –Tú bien lo sabes– es la respiración de mi ser [...]. ¡Gracias, Señor; gracias, Señor; gracias, Señor...! ¡Gracias por tu modo de ser y actuar, eterno, perfecto y feliz!